

DE LA INQUIETUD MISIONERA A LA VOCACIÓN A LA MISIÓN “AD GENTES”

Las últimas palabras de Jesús antes de subir a los cielos –“*Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos*” (Mt 28,19-20)– se convertirían en la razón de ser de la Iglesia, nacida posteriormente, cuando Dios Padre envió el Espíritu Santo a los apóstoles. Estos, antes de recibir el Espíritu Santo y el mandato misionero, fueron preparados sin saberlo, mediante el **encuentro con Jesús**, para poder llevar a cabo esta misión encomendada.

También hoy, en el siglo XXI, muchos jóvenes y no tan jóvenes llevan a cabo un itinerario que comienza con una **inquietud misionera** que brota del testimonio de los misioneros y misioneras –ya sean sacerdotes, religiosos y religiosas o seglares– que un día

dejaron su tierra para llevar hasta el último rincón la noticia del gran amor que tiene Dios por nosotros, sus criaturas, hasta llegar a entregar a su Hijo para la salvación de todos. (“*Afirmar que toda la Iglesia es misionera no excluye que haya una específica misión ad gentes, al igual que decir que todos los católicos deben ser misioneros no excluye que haya «misioneros ad gentes y de por vida», por vocación específica*”, RM 32).

Una vez que estos jóvenes muestran esta inquietud se les invita a realizar un **camino de discernimiento**, intentando que sean acompañados por la persona que les mostró la vocación a la misión *ad gentes*, que formará parte de una congregación religiosa o de un carisma seglar inserto en una parroquia o de la Delegación de Misiones de su diócesis.

Al igual que los discípulos, que fueron guiados y preparados

durante los tres años de la vida pública de Jesús, muchos de estos jóvenes en la **oración** viven un encuentro con Jesús, y muchos otros que se habían criado en la fe cristiana se reencuentran con Él en los rostros de las personas misionadas y en los miembros de la Iglesia que comparten su fe con estas personas. (“*Y la oración, mediante la cual Dios toca y mueve nuestro corazón, nos abre a las necesidades de amor, dignidad y libertad de nuestros hermanos, así como al cuidado de toda la creación*”, Mensaje Domund 2020, 7).

El siguiente paso es que la persona vocacionada a la misión pase a insertarse en la **vida comunitaria de la Iglesia**, fomentando en ella la vida de oración y de sacramentos y la participación en las diferentes actividades misioneras de la parroquia, movimiento, congregación, y de la diócesis. No podemos olvidar que toda vocación surge del seno de la Iglesia que la acompaña y con-



firma. (“La misión es una respuesta libre y consciente a la llamada de Dios, pero podemos percibirla solo cuando vivimos una relación personal de amor con Jesús vivo en su Iglesia”, *ibíd.*, 6).

Dentro de este itinerario surgen muchos **interrogantes**, como los que el Papa Francisco nos plantea en el Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2020 (“¿Estamos listos para recibir la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida, para escuchar la llamada a la misión, tanto en la vía del matrimonio como de la virginidad consagrada o del sacerdocio ordenado, como también en la vida ordinaria de todos los días? ¿Estamos dispuestos a ser enviados a cualquier lugar para dar testimonio de nuestra fe en Dios, Padre misericordioso, para proclamar el Evangelio de salvación de Jesucristo,

para compartir la vida divina del Espíritu Santo en la edificación de la Iglesia? ¿Estamos prontos, como María, Madre de Jesús, para ponernos al servicio de la voluntad de Dios sin condiciones?”, *ibíd.*, 6).

Y, como en el discernimiento de una vocación profesional –como la de maestro, ingeniero, periodista, médico, carpintero...–, para poder responder a estas preguntas es indispensable la **formación**, que se puede llevar a cabo por varios cauces: en el caso de la diócesis de Madrid, la formación específica realizada en la Delegación de Misiones; el Curso de Evangelización Misionera (bienal) de la Cátedra de Misionología de la Universidad Eclesiástica San Dámaso y las nuevas titulaciones propias de Misionología (Diplomado y Experto Universitario), junto a la Jornada Aca-

démica y el Curso de Verano, también de la UESD; la Semana de Misionología de Burgos; el Curso Intensivo de Formación Misionera, que realiza el último trimestre de cada año la Escuela de Formación Misionera...

Este camino de discernimiento concluye con el **envío de la Iglesia**, que se realiza en la celebración de la eucaristía. Entonces los misioneros, antes de partir a tierras de misión, reciben la bendición de la Iglesia, junto a la imposición de la cruz misionera, que les recuerda de quién procede la misión. (“En el sacrificio de la cruz, donde se cumple la misión de Jesús, Dios revela que su amor es para todos y cada uno de nosotros”, *ibíd.*, 3).

En la archidiócesis de Madrid, en los últimos años, la fecha elegida para este envío es la solemnidad de la Ascensión del Señor, día en el que se celebra la Jornada del Misionero Diocesano; la Iglesia diocesana de origen participa en una eucaristía presidida por su arzobispo. ●

Cecilia Rey Garbayo
Delegación Episcopal
de Misiones de Madrid

